

faltan 78-81-86-89

1889

NÚM. 1. 15 ENERO 1889 AÑO V.
DEL TOMO VIII. NÚMERO 75

REVISTA DE VIZCAYA.

✻
DIRECTOR
VICENTE DE ARANA

SUMARIO

- EN MADRID, por Ricardo Becerro de Bengoa.
- REFLEXIONES Y RECUERDOS, por Emilio Castelar.
- VALLADOLID EN 1.º DE ENERO DE 1889, por Anselmo Salvá.
- LOS REYES MAGOS, por Herminio Madinaveitia.
- A DON QUIJOTE, por Juan Arzadun.
- LA EDUCACION POPULAR EN NAVARRA, por Arturo Cayuela Pellizari.
- LA MUÑECA (traduccion), por Juan Arzadun.
- LA TRAGEDIA DE UN CIEGO, por J. A.
- CRÓNICA LOCAL, por Jocundo de Gatika.

DIRECCION Y ADMINISTRACION
Calles Encilla y Henao, A—Ensanche.
Bilbao.

colorchecker classic

calibrite

1889
NÚM. 1.

15 ENERO 1889

AÑO V.

DEL TOMO VIII.

NÚMERO 75

REVISTA
DE
VIZCAYA.



DIRECTOR

VICENTE DE ARANA

SUMARIO

- EN MADRID, por Ricardo Becerro de Bengoa.
REFLEXIONES Y RECUERDOS, por Emilio Castelar.
VALLADOLID EN 1.º DE ENERO DE 1889, por Anselmo Salvá.
LOS REYES MAGOS, por Herminio Madinaveitia.
A DON QUIJOTE, por Juan Arzadun.
LA EDUCACION POPULAR EN NAVARRA, por Arturo Cayuela Pellizari.
LA MUÑECA (traducción), por Juan Arzadun.
LA TRAGEDIA DE UN CIEGO, por J. A.
CRÓNICA LOCAL, por Jocundo de Gatika.

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Calles Ercilla y Henao, A—Ensanche.

Bilbao.

ESCRITORES
DE LA
Revista de Vizcaya

D. Alfredo *Alvarez*.
» Federico de *Areitio*.
Argos. (D. Sabino de Goi-
coechea.
» Ricardo *Becerro de Bengoa*.
» Arturo *Campion*.
» Eduardo *Delmas*.
» Juan Ernesto *Delmas*.
» Julio *Enciso*.
» Benito de *Goldaracena*.

D. Julio de *Lazúrtegui*.
» José M.^a de *Lizana*, Marqués
de Casa-Torre.
» Marcial *Martinez*.
» Ismael de *Olea*.
» Fidel de *Sagarminaga*.
» Antonio de *Trueba*.
» Miguel de *Unamuno*.
» Camilo de *Villavaso*.



NOTA

El Director de esta **Revista** recibe todos los dias no feriados, de once á doce de la mañana.

*La responsabilidad de los trabajos que se inserten en esta **Ilustracion** corresponderá á los autores.*

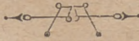
AUTORES Y EDITORES.

Se anuncian todas las obras que se remiten á esta redaccion y se juzgan en la *Revista Crítica*.



BIBLIOTECA
MUNICIPAL
MADRID

En Madrid. *Reg. 1159*



A poco á poco ataviándose á la moda de la civilizacion cosmopolita no Madrid entero, sino el corazon, el centro, la sala de honor de la capital de España, que no son otra cosa las calles y cruceros de la córte, tan poco distantes entre sí, como lejanas están del Madrid prosáico, rústico y sucio, es decir, de la mayor parte de los barrios y de la totalidad de los alrededores, á los cuales no llegará aquel atavío nunca.

La luz eléctrica carísima hoy, á fuerza de consumir hulla, resplandece límpida y clara ante los aparadores de los grandes comercios, en los cafés, en los teatros y en la calle del Príncipe. El entarugado cómodo y suave, pavimenta con su negra, embreada superficie aquella vía y las del Arenal y el Barquillo, y sobre él se deslizan sin ruido alguno, todo género de carruajes, de cuyo paso nadie se daría cuenta no mirándolos, á no ser por el seco y rítmico compás que en su marcha ó trote forman los golpes de los herrados cascos de las caballerías que los arrastran.

Cuando de la calle alumbrada por la corriente eléctrica se pasa súbito á aquellas en que arde el gas se vé á media luz, que hemos vivido hasta ahora casi á oscuras; y cuando los

vehículos en su variado rodage, dejan el entarugado, para rozar y chocar con los adoquines graníticos, se siente la prueba de que hasta aquí nos ha atormentado ese estruendo infernal é indescriptible, terror y azote de los forasteros, que es uno de los más característicos azotes á que está sujeto el vecindario madrileño.

Aquel bíblico ideal de los pueblos modestos, que hallan patriarcal felicidad en pasar las noches á oscuras y sin ruido alguno: «sin luz y sin moscas,» se vá á convertir aquí en una maravilla mixta, al poderlas disfrutar con mucha luz y con escaso ruido.

Sin embargo, los resplandores del arco voltáico tardarán mucho tiempo en invadir las múltiples y sinuosas calles del centro de la córte, por razones económicas; y el entarugado habrá de limitarse á aquellas cuya superficie es horizontal, ó poco ménos, cuyo número no es muy grande en esta villa, asentada sobre los montones de arena que forman el declive de la orilla izquierda del melancólico Manzanares.

Tenemos pues gas y adoquines para rato.

Y no sería del todo malo, ni mucho ménos, el que cada farol y cada pedrusco, que desaparecen del centro de la poblacion, fueran á cumplir su humanitario servicio, á los barrios del perímetro; porque por allá la claridad y el barro se desarrollan en razon inversa, y es más peligroso para la salud, de dia, y para la salud y la bolsa, de noche, el andar por ellos que por los tradicionales vericuetos de Sierra Morena.

Grande conquista ha de ser la que resulte de la invasion en las casas, de aquellos civilizadores elementos: la luz eléctrica y la madera.

Aquella ha de matar al gas nauseabundo, petardista y antiestético por sus tuberías, que hoy impera en los sitios públicos y que llega hasta donde llegan los criados en el hogar doméstico; al petróleo grasiento, fétido y homicida, que empapa las mechas de todos los quinqués aristocráticos y democráticos, y á la suave y pulimentada estearina, reservada para los gabinetes y despachos elegantes. Los hilos conductores, escondiéndose entre las molduras y recuadros llegarán á las lámparas, para encender la entrelazada fibra de carbon, que alumbrá y deslumbrá á un tiempo, y que están siendo adorno para el brazo liso de un pasillo, como para la régia araña del salon. La madera, el entarimado, higiénico, limpio y de buen tono sustituirá al ladrillo marroquí y al baldosin pretencioso, mejor pulido pero tan plebeyo y malsano como aquel. Mas, ¿quién ha de gozar de estos progresos?

El Ayuntamiento de Madrid, pobre, como es, á pesar de las minas que tiene en sus fielatos, no puede estender esos progresos por las calles. El vecino de la córte, pobre en general,

no soporta el pago que exigirían los caseros, si tales reformas se plantearan en las casas.

La luz eléctrica necesita quemar mucho carbon de piedra, de que aquí no disponemos, porque nuestros criaderos apenas se han empezado á explotar en grande. El entarimado exige abundantes existencias de arbolado, que tampoco tenemos, porque lo hemos arrasado casi todo.

Hay que aguardar pues, á que la ciencia pueda utilizar los saltos de agua de nuestras cordilleras ó la fuerza motriz del viento en las mismas, y á que sus cumbres y vertientes se pueblen de pinos y otras especies arbóreas. Hay que aguardar, sí, porque el equivalente, de esas económicas fuerzas, el dinero, no parece por ninguna parte.

Pasad por delante de los escaparates de las casas de cambio. Allí hay algunas monedas de oro, extranjeras en su mayor parte, que los transeuntes contemplan con más avidez y curiosidad que los manjares de Lardhy ó de Pecastaing. Enseñad en una reunion un *centen* de los viejos ó de los nuevos y vereis como se agrupan á admirarlo cual si se tratara de una cosa nunca vista. De las peluconas de Carlos III se oye hablar con la misma incredulidad que del tesoro de Troya. La cursi moneda de plata, que pasa por valer cinco pesetas, y que no tiene cuatro de valor, circula buscada por todo el vecindario; y el mugriento billete, mil veces untado de saliva por los dedos de los contantes, es hoy el símbolo de la riqueza, de los capitalistas y personas de pró, porque el de la generalidad de las gentes ha llegado á ser el *perro chico*.

La carencia de dinero, de negocios y de compras y ventas es grande en Madrid. Así lo repiten hoy cuantos viven del comercio. En todas las calles céntricas veis, sobre los cerrados aparadores metálicos, las esquelas de defuncion mercantil que dicen: «Cerrado por reforma»; «Trasladado á la cuesta de Gilimón»; «Se traspasa ó se cede». «Liquidacion verdad» etc., etc.

Y cuanto más suntuoso y rico era ayer el establecimiento mayor es hoy la ruina.

Aquellas hermosas exposiciones de objetos de capricho, donde, en artística confusion se veían porcelanas miniadas y esmaltadas; tapices bordados, mármoles artísticos, bronce suntuosos, panoplias arrogantes, lunas venecianas, muebles opulentos, chucherías cuajadas de oropel y de perlas de vidrio, reproducciones del arte antiguo y fantasias sorprendentes del moderno, cuyo brillo, colores y riqueza fulgaraban en mágico laberinto ante las ráfagas de luz reflejada por los reverberos ó por las bruñidas pantallas, aquellos museos que deslumbraban á los curiosos, se van cerrando poco á poco «por reforma ó por liquidacion verdad». Lo verdadero del

caso es, que su clausura obedece á la reforma que los compradores han hecho en sus gustos y gastos al convencerse de que en la liquidacion doméstica, se encuentran á fin de mes sin una peseta. Aquellas joyerías, que surgian de un día á otro, como si en los aparadores hubiera llovido oro y brillantes, esparciendo sobre las artísticas sinuosidades del terciopelo azul, brazaletes, diademas, collares, peines, cronómetros, sortijas y aderezos del mas irreprochable gusto, se han ido oscureciendo y escapando unas tras otras, con rumbo desconocido. A los bazares afamados solo acuden los forasteros que compran algo, y los desocupados que no compran nada. El número de los primeros tambien se ha reducido mucho, porque la escasez de metálico es general, y nadie quiere ya salir de su casa á gastar dinero, sino á dar con él, si acaso se averigua por donde anda.

Solo en los cafés y en los teatros abunda la gente, como siempre; porque para mucha de ella no es difícil acaparar dos reales diarios, con los cuales darse tono, aunque no se haya probado en casa cosa caliente, ó aunque los que en ella se quedan ayunen mas de lo debido. El arte escénico homeopático de á real y medio por hora, es ya un vicio para muchas personas, que no pueden pasar el día sin un rato de esparcimiento espiritual, ó sin acudir al teatro en el que suele encontrarse lo que menos se piensa, bueno ó mediano ó malo, aquí donde todo se aprovecha.

Tambien las tabernas, con perdón sea dicho, prosperan en Madrid, en medio de este aplanamiento económico. Sus fachadas son hoy las mas artísticas de todos los comercios, sus taburetes los más concurridos; su atmósfera la más cargada, sus ganancias las más grandes, sus cofrades los más típicos del vecindario madrileño y sus víctimas las más numerosas de la estadística sangrienta. Antes abundaban en los barrios apartados; hoy han invadido todas las avenidas de la Puerta del Sol. ¿Porqué ganan tanto los taberneros? Porque se bebe mucho y caro. ¿Qué se bebe? Problema es este imposible de resolver, dada la habilidad de los expendedores y la resistencia de las tragaderas de los consumidores. Aquí no hay necesidad de enseñar el «vinage, monillage, compage y soufrage», el tabernero sabe hacer con un duro, cinco, y todo lo demás no le importa al bebedor ni al investigador.

Las siete décimas partes de los habitantes de Madrid comen poco y toman, en cambio, mucho vino y bastante café, amen de algun licor. La estadística proporcional de la poblacion madrileña es la que dá mayor número de defunciones de todas las capitales de Europa. No matan los aires frios del Guadarrama, ni las epidemias, ni las catástrofes de la navaja ó de otros actos violentos; mata lentamente la debilidad orgánica,

que lleva en su sangre y en sus músculos el que come poco, el que se alcoholiza, el que excita sus nervios con el abuso del café y con otros abusos, que aquí pululan por todas partes, bastante bien vestidos. Entre lo que se come hay mucho que daña, en vez de nutrir. Se vive al día, con poco dinero, sin pensar en el mañana. Cuando mañana vienen el apuro y la necesidad, la naturaleza no resiste sus rudos embates, ni el bolsillo tampoco y se apaga rápida la mísera lucecilla, que arde en aquel cuerpo escualido, anguloso, mediano en el desarrollo, caído de color, zurcido por los rasguños de diversas dolencias, gastado antes de tiempo, apenas nutrido, engañado por las ilusiones, no sostenido por la fé, por la instrucción, ni por ninguna idea de ancha base y consumido y ajado por el ardiente sople de las pasiones.

Cuando se puede comer carne abundante y beber puro tinto de la ribera, entonces ¡ancha Castilla!; ni el café tiene tantos atractivos, ni el amor se relaciona tanto con la imaginación y con los nervios. El hombre resulta un poco más animal, pero... vive mas y mejor; la raza es otra y puede transmitir á sus hijos forma, salud y fuerza muy distintas de las que caracterizan á estos descoloridos, filiformes y penetrantes chiquillos y señoritos que por aquí circulan.

Vivimos pues, tan necesitados en lo fisiológico como en lo metálico, y ¡nuevo vice-versa, propio de nuestro país!, aquí donde escasea el dinero, la Bolsa, es decir, el circo donde juegan, saltan y hacen maravillas los capitales, el arca donde se custodian, levanta para sí un monumental edificio, que, despues del Palacio real, sera él primero de los que aquí existen. Este templo, dedicado á la idolatria del oro, ha venido á alzarse en el solar de una de las casas mas antiguas de la nobleza española, como indicando, que allí donde antes imponían sus timbres los señores, porque la nobleza de la sangre era la señora del mundo, hoy los imponen los tenedores de papel, que en las clases de los arcos han esculpido el alado caduceo de los comerciantes. Y en otro de los primeros solares de Madrid, otra sociedad acumuladora de dinero, especie de lotería de la muerte, *La Equitativa*, construye admirable palacio-hotel-banca, inscribiendo en todas partes largas cifras de millones de duros.

El público pobre contempla encogiéndose de hombros cómo suben y suben las líneas de sillares de ambos edificios y cómo se coronan con artísticos capiteles las columnas de mármol de uno, y como se sustentan con ménsulas que son cabezas de elefantes las repisas del otro, sospechando si será pura ilusión y fantasía eso de construir tan grandes palacios para honrar al dinero, para multiplicarlo y para repetirlo, cuando resulta que este vá convirtiéndose poco á poco en un mito, y que to-

do el que hay en Madrid bien puede encerrarse en una de las garitas del resguardo. Pero, por lo mismo que el dinero escasea vale cada vez más; y así se comprende que los que no tienen lo guarden y atiendan á su reproducción en estos suntuosos edificios, y lo ensalcen en la cotización de la bolsa á precios inverosímiles, como los que tiene hace dos años, á 73 y 74 por 100, cuando todas las demás riquezas valen tan poco, que por no quererlas nadie, andan casi por los suelos.

El ministro de Hacienda al recibir su herencia de su antecesor se ha horrorizado ante el vacío que le rodea y ha dado orden de reducir los gastos de todos los ministerios. Vamos á entrar en una cuaresma nacional, que impondrá el ayuno á muchas gentes, porque no es posible seguir viviendo sinó se acorta la ración. Con tales augurios empieza y termina la crónica de los sucesos de Madrid.

¿Qué ocurre de notable? Nada. Ante la dificultad de la vida y la falta de numerario todo acontecimiento grande ó pequeño resulta ser una friolera. Ante la carestía del dinero los artículos de curiosidad han sufrido una gran depreciación; y ya no hay por aquí más que políticos de á real y medio; comedias de á perro grande; fiestas gratis en mitad de la calle, patronas sin principio y pretendientes sin fin.

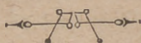
El pensar en escribir crónicas interesantes de Madrid es hoy una tontería. Después de relatar cuanto pasa en la coronada villa nos encontraríamos con que habríamos hecho el inventario de un puesto de quincalla y morralla de la plaza Mayor. No caigamos en semejante tentación.

R. BECERRO DE BENGUA.





REFLEXIONES Y RECUERDOS.



Parece á primera vista que el sentimiento más vivo en nosotros debiera ser el sentimiento de la naturaleza. Parece que todo cuanto nos circunda debia despertar en el pecho emociones y en la mente ideas, las cuales se lanzáran sobre las cosas externas á extraer su quinta esencia, de la misma suerte que se lanzan sobre las flores las abejas á extraer su miel. La poesia, como la elocuencia, es la idea vivamente sentida y expresada con hermosura. No basta para ser poeta tener ideas, pues tambien las tiene el sábio, el naturalista, el matemático; se necesita tenerlas en el corazon, es decir, sentir las con esa profundidad del sentimiento artístico en que refluén los sentimientos generales humanos, y encarnarlas en formas bellísimas y próximas al ideal de toda perfeccion. Hay muchos séres humanos, muchísimos, que no sienten la naturaleza, que no se extasian en la contemplacion de los cielos, que no se recrean con la voz de los mares, que no gozan con los cuadros trazados por la luz y las sombras en los crepúsculos que no admiran la palmera elevándose sobre los granados y los naranjales en horizontes encendidos por el calor, ni el lago medio envuelto entre neblinas, repitiendo al pié de los Alpes las diamantinas crestas de nieve. y los negros pinos y abetos y abedules de sus tranquilas orillas. Siempre recordaré una tarde en que contemplábamos la puesta del sol allá por los alrededores de Ginebra. Caían las sombras sobre la oscura ciudad con magestuosa tristeza.

El lemán, semejante á una miniatura del mar, reverberaba en sus aguas los últimos resplandores del día, llenos de reflejos que parecen religiosos, porque despiertan con su tristeza la idea religiosa por excelencia, la idea de la muerte. Las sombras ennegrecian todo aquello que es sombrío de suyo, como los bosques, y no acertaban á envolver los edificios cuyas líneas tomaban en el suelo cierta transparencia, semejante á la que toman las doradas y argentadas nubes sobre el ocaso. A nuestra derecha, la uniforme cordillera del Jura, tras la cual se habia ocultado el sol, ofrecía por su color celeste toques dignos de los venecianos cristales, y á nuestra izquierda, cuando ya la noche avanzaba por lo profundo, allá en las alturas, resplandecian las cimas del Monte-Blanco y sus nieves eternas con arreboles que, ora se extremaban hasta llegar á la encendida púrpura, ora se desvanecian hasta perderse en tintas rosas, como si fuera la montaña gigantesco astro de varios y cambiantes aspectos. Todos estábamos extasiados á la puerta de una cabaña alpestre, donde oíamos la esquila del ganado recordándonos los idilios, y la campana de la oracion recordándonos las tragedias de esta vida. Todos estábamos extasiados he dicho, y he dicho mal, todos menos uno, que ni veía ni oía nada de cuanto veíamos y oíamos los demás, atribuyendo, cual si estuviera ciego los espectáculos que sus ojos debian ver con toda claridad, á creaciones arbitrarias de nuestra fantasia.

Pero ¿cómo hablar de individuos, cuando tenemos épocas enteras en que el sentimiento de la naturaleza ó se pierde ó se pervierte? Imposible olvidar aquellos cuadros gigantescos y aquellos frescos esculturales en que solamente se ven las líneas de la forma humana, como si la humanidad viviera en los espacios desiertos. Imposible olvidar aquellos poemas en que se sustituye á la naturaleza viviente, la naturaleza poblada de una mitología, cuyas fábulas, habiendo desaparecido de la fé universal, no tienen ni realidad ni vida. El ingenio humano cegaba así una fuente perenne de ideas y de emociones bellísimas. El ingenio humano se iba en pós de lo artificioso, y á la manera de un mal pintor, copiaba el maniquí de su estudio, el maniquí de trapos, en vez de abrazar la eterna realidad y anegarse en sus océanos de vida. ¡Cuan horrible sería, de poderse realizar, aquel bosque soñado por uno de los poetas mayores del siglo décimo-sexto en que los troncos de los árboles se componen de humanos cuerpos! A esa obra del arte que debiera superar la naturaleza, preferirá el sentido comun los altos árboles mecidos por el viento, la resina y la goma que por los troncos fluye, el recorte de las hojas festoneadas de luz y repetidas y dibujadas por las sombras en el mullido suelo; la monótona vibracion y los brillantísimos cambiantes de los zumbadores y de los pintados insectos; el serpentear y el correr de las aguas entre las frescas yerbas; los aromas y las esencias de verdadero bosque.

Pero no extrañemos los seculares errores de esta pobre humanidad, que anda à tientas por el universo, como si anduviera à oscuras. ¿Cuántos siglos no pasó buscando la base de la ciencia en todas partes, menos donde realmente estaba, menos en lo interior de su ser, menos en la conciencia? No debe extrañarnos pues, que el arte haya desconocido la naturaleza, cuando el hombre ha desconocido al hombre.

Y sin embargo, nada hay tan hermoso como la primera luz desvaneciendo las sombras, quebrando sus rayos en la atmósfera, produciendo alboradas y auroras, del color de los ópalos, que despiertan à todos los séres y arrancan su coro de gorgéos à los pájaros que se levantan hacia las alturas animadas de purísimas esperanzas y sonrosadas ilusiones, como el alma y las megillas de una virgen à quien conmueve y sonroja el pudoroso rubor de los primeros amores. Y no quiero encarecer la salida del sol con todos sus arreboles reflejados en las gotas de rocío que tiemblan por las hojas de la fresca yerba, ni la noche cargada de estrellas; ni los reflejos de las auroras boreales semejantes à incendios de los aires; ni las varias formas de las nubes errantes; ni la extensión del mar azul con sus ondas que palpitan, con sus espumas que hierven, con sus estelas que brillan, como si fueran gérmenes de mundos, con sus algas y sus caracoles que embellecen las orillas, con sus brisas que cantan como la sublime voz de lo infinito.

No me habléis de aquellas edades en que apenas sentía el alma humana los encantos de la naturaleza. No me habléis de aquel misticismo que ha divorciado al hombre de la creación y que ha hecho del terruño, donde debía brotar la raíz de la personalidad, el áncora de la tiranía y el título de la servidumbre. No me habléis de aquellas esculturas cuyos cuerpos rígidos parecen cadáveres; de aquellas crónicas en las cuales se registran con tanta indiferencia los fenómenos mas interesantes del mundo físico, y de aquellos terrores que oían la trompeta del juicio final, resonando en las alturas, y à través del centelleo de los astros descubrían la total ruina y el desquiciamiento de la máquina celeste, y bajo las formas de la hermosura femenina el hedor de los cadáveres unido à la fealdad de los esqueletos, y por todo residuo de este universo donde brillan y suenan en sus eclipses celestes tantos astros, un monton de cenizas disipados por el soplo de los ángeles exterminadores à quienes la cólera de Dios enviaba con cometas por espadas, con sus cabelleras de fuego, con sus hálitos de muerte sobre la tierra, ennegrecida por la culpa y ni siquiera rescatada por la pasión de Jesucristo y el pródigo amor de nuestro eterno Padre. ¡Cuanto prefiero aquellas edades en que vivíamos contentos con nuestras relaciones entre el espíritu y la naturaleza; sin esa desproporción de la forma con la idea que hoy nos acorchoja; sin la tristeza interior que à todas partes llevamos; viendo en cada recodo del camino, sobre las colinas sombreadas de mirtos y en los

hondos valles cubiertos de adelfas, al borde de los arroyos y á la orilla de los mares, en el rizado de las ondas y en la sombra de los árboles, entre las nieblas que coronaban las cimas de los montes y las gotas de rocío que temblaban en los pétalos de las flores, la forma humana, dibujándose perfectamente con la hermosura propia de los dioses, la ninfa en el arroyo, la náyade en el rio, la sirena en el mar, la vacante en los ubérrimos campos, los faunos entre las hojas, los silvios en los bosques, el dios Pan con su caramillo por los oteros, componiendo un coro inmortal, como si todas las cosas tuvieran sus respectivas almas, y todas las almas exhalaran armoniosos y no aprendidos cantares en aquellas fiestas animadas por un regocijo universal!

Entonces todas las estaciones parecían bellas. ¿Como no habia de serlo, por ejemplo, el otoño? Ya oigo murmurar á algun descontentadizo que nos empeñamos en poetizar lo feo y que preferimos la estacion de las nieblas y de las lluvias á la estacion de las flores.

No ciertamente. Parécenos bellísima la primavera en que la savia hincha las yervas, las hojillas brotan, la flor campea, las aves enamoradas cantan, los nidos penden de las ramas llenas con esperanzas de vida, el cielo se embellece por los crecimientos del dia y la tierra entera se orna de sus mas bellas preseas, semejándose á la juventud y al amor, esos paraísos de la vida. Yo digo de las estaciones de la tierra lo mismo que digo de las edades del hombre. Todas tienen su belleza. Cuando estamos en la madurez de la vida, cuando nos dirigimos á la ancianidad, solemos dolernos de nuestros años, presentir próximos achaques y deplorar la juventud perdida.

Pero si nos dijeran que volviéramos á comenzar nuestro camino, de seguro nos resistiríamos con resistencia invencible. No deseáramos la vuelta á los tiempos en que baluceábamos la lengua; y no comprendíamos la vida; y nos formábamos ilusiones desmentidas luego por el tiempo; y pasábamos las enfermedades propias de la juventud del cuerpo y las pasiones propias de la juventud del alma; y nos perdíamos en sueños, ambiciones, combates, amores, juegos, esperanzas que habian de evaporarse y desvanecerse sin dejar trás sí ningun rastro, malogrando una parte considerable de nuestro tiempo fingiendo fantasmas tan hermosos, pero tan vanos como las pintadas y fugaces mariposas.

Si la estacion de las flores tiene su hermosura, también la tiene la estacion de los frutos. ¿Qué seria de nosotros sino pasára la naturaleza del florecimiento y de sus aromas y de sus pintadas colores? Nos pareceríamos á aquellos viajeros el apólogo indio que pasaron por un campo de arroz y de trigo, y lo menospreciaron creyendole baladí, para detenerse y pararse ante un campo de rosas y de azucenas, á fin de aguardar allí los frutos ofrecidos por tan bellas flores. El fruto es en la naturaleza como la consecuencia en lógica, como la idea concreta en metafísica. La estacion



próvida y providencial por excelencia, es la estación en que se siembra el grano y se cosecha el vino; en que las frutas mas sabrosas y mas necesarias penden de los árboles despojados de flores y próximos à perder sus hojas. Por la armonía que hay entre la vida del hombre y la vida de la naturaleza, parécese à esa edad de la madurez de nuestra existencia en que las pasiones se dejan guiar por la voz de la razon, y los actos por la voz de la conciencia, y las ideas toman cierta armonía, y las facultades todas cierto equilibrio, teniendo aun nuestro ser de la juventud la robustez con la hermosura, y de la ancianidad esa magestad que dan los años, y que tan profundo respeto inspira por las indelebles sanciones del tiempo y por sus larguísimas y solemnes experiencias.

Es verdad. El otoño parece à primera vista muy triste. Los dias se acortan. Crecen las noches con grande crecimiento. El cielo se empaña, porqué el desequilibrio entre el aire enfriado por las largas tinieblas y las tierras encendidas por los calores del estio, trae las lluvias. Comienza à coronarse la alta montaña de nieves, semejantes à las primeras canas, y los valles à cubrirse de hojas secas, semejantes à ilusiones muertas. La mariposa pliega sus alas y deja de ostentar sus mil colores y matices por la dilatada campiña. Los pájaros que amamos mas se van como la sagrada golondrina, cuyo regreso tanto nos ha alegrado en otro tiempo. Sécanse las flores. Y cierta solemne melancolía se apodera del alma y se estiende como un paño fúnebre por toda la creacion.

Pero à cambio de eso, ¿que tiene que ver un paisaje de Abril con un paisaje de Octubre para quien sabe contemplar los espectáculos de la naturaleza? Todo verde en la primavera, todo embellecido por ese matiz uniforme de las primeras yerbas y de las primeras hojas, variadas solo con algunas flóres que el calor de la vida y sus esperanzas abren por las antes secas ramas de los arbustos frutales. Y el otoño dá à los bosques una indecible variedad de colores y de matices. Mullida alfombra de hojas secas se estiende bajo nuestros pies, pero en las enramadas toman los árboles una indescriptible variedad de matices, teñidos de una estraña poesía por lo mismo que tienen verdadera tristezza. Ya se ven hojas del color de oro que tiemblan al vientecillo y se transparentan cual si fueran luminosas. Ya hojas que del color amarillo pasan al color naranjado con gradaciones de una incomparable belleza, como las de esas cintas de vapores tendidas sobre el ocaso y por los bordes del horizonte. Ya un color purpurino enciende y enrojecé con toques de fuego árboles que se elevan junto à otros árboles de un verde desmayado y pálido. Y llueven sobre nosotros esas hojas de metálicos aspectos, embelleciendo la campiña, cuando el viento las arrastra con sus matices varios, y con sus varios movimientos. Nunca olvidaré una tarde de otoño en ese Escorial, tan sombrío como majestuoso, en que las piedras todas os hablan de la muerte. El color pálido de las hojas que comenzaban à caerse contrastaba

con las verdes jaras del suelo, y las nubes aglomeradas en diversos espacios del horizonte con los resplandecientes claros de azul celeste, y la lluvia prendida á las hojas con los rayos de un sol canicular que salian de pronto y animaban el paisaje hacia el Mediodia entonado por una tempestad oscura y tonante, y al Norte embellecido por las primeras nieves que acababan de caer sobre la violacea cordillera, cuyos transparentes riscos se armonizaban de una manera admirable con las parduzcas piedras de la inmensa y faraónica tumba.

Pero tambien tiene la estacion otoñal sus alegrías. Yo recuerdo aun los otoños de mi valle meridional con piadoso regocijo. Henchíase la casa con toda suerte de frutas. Sobre anchas piedras las familias campesinas abrían las almendras, extrayéndolas de su primera corteza, toda perfumada por la resina y la goma bien olientes. Cortábamos las colmenas, defendidos contra el agujon de las abejas con impenetrables guantes y máscaras y capacetes de alambres, y recogiendo en cambio aquella rica miel, quintaesencia de las flores de primavera cosechada en los primeros dias del otoño. La aceituna negreaba por los olivos. La higuera, entre sus hojas todavía verdes, ostentaba los sabrosos y oscuros ligos. A las puertas de nuestras casas alzábanse grandes montones de maíz, cuyas mazorcas encerradas en áureas hojas que adornaba sedosa madeja, una vez desprendidas y echadas al suelo, producían singular ruido que no puede explicarse con la palabra, pero que todavía conmueve mis entrañas y evoca en mi mente los dulces recuerdos de la infancia con su lejano susurro. La matanza se unía á todas estas fiestas campestres; pues celebramos, como si fuera una boda, la inmolacion de los cerdos, con perdon de mis lectores, como decían nuestras buenas gentes. Cuando aun no amanecía sacaban allá por triste mañana de Noviembre al perezoso animal de su lecho de inmundicias. Tiene la infancia tal crueldad, por lo mismo que ha experimentado poco el sentimiento y casi nada el dolor, que nos deleitaba el despertarnos al son desgarrador de sus lamentosos gruñidos, cuyo estridor ahora francamente no podríamos soportar. Tendíanlo en una mesa, donde forcejeaba con la furia propia del apego que todos los seres tienen á la vida, y lo acababan abriéndole con ancho cuchillo honda incision en la garganta, por cuya herida lanzaba borbotones de sangre y ronquidos de muerte. Quemábanle luego la piel, para estirpar las cerdas, con hachoncillos de esparto, cuya luz, cuyo humo, cuyo calor nos encantaba con indecibles encantos. No sabeis, no, lo que es el campo, lo que es el pueblo, los placeres de la vida del hogar y de la vida del trabajo, sinó habeis visto en la ancha caldera hervir la morcilla negra como el azabache; en el lebrillo verde amontonarse la masa de chorizos rojos, como los pimientos riojanos; en la blanca tripa crecer la sonrosada longaniza; por un lado los jamones recién cortados, por otro los huesos mondadísimos, aquí el mondongo, allá

el rabo y la cabeza y las orejas, abriendo el apetito con la oferta de convertirse á la lumbre y por pródidas manos aderezados en sabrosísimos manjares, los más gratos á nuestro paladar: por eso no me han extrañado los combates de nuestra política por el presupuesto, despues que he averiguado—al recorrer las cocinas europeas y sentarme á las mejores mesas, por la preferencia dada á los alimentos con que mantuvimos nuestra infancia sobre todos los demás alimentos—cómo el órgano por excelencia patriota de nuestro cuerpo, más patriota aún que el corazón, es el estómago.

Pero la fiesta del otoño es la vendimia. Amarillean los pámpanos; y de los gruesos sarmientos penden los ópimos racimos. Como se trasparentan, como se engordan, como se endulzan, pidiendo la necesaria trasformacion en esa caliente sangre de la tierra que se llama vino. Las abejas corren á picar los granos y zumban como si les dieran una serenata ó las alabaran por su riquísima miel. Mirad los vendimiadores, inclinándose é irguiéndose, para cortar el racimo, trabajo que amenizan con alegres tragos y alegrísimas canciones. Junto á las cepas, en espuestas grandes, en canastos circulares, lucen las uvas blancas, negras, purpúreas, verdes, ora tirando al color del ambar, ora al matiz de la rosa. Una tarde estaba yo en Málaga, en viña amenísima sobre una colina, al borde del mar, volviendo de continuo la vista desde las orillas doradas por la arena, á las montañas por el sol poniente esmaltadas y sobre cuyas crestas se veía, como si fuera la luna llena saliente el pico más alto de Sierra Nevada, circundado por las reverberaciones de un cielo espléndido y clarísimo. En aquella feraz campiña, entre cepas de pámpanos rojos y verdes, bajaban, como en coro, las jóvenes campesinas, llevando sobre sus esféricas cabezas cestos semejantes á las ánforas antiguas, llenos de aureos y olorosos moscateles, que les daban el aspecto de las bellísimas canéforas griegas, cuando en las llanuras de la Atica, mantenian sobre sus frentes por el cincel de Fidias y de Praxiteles esculpidas, los templos de los dioses, armoniosos en su sencilla arquitectura como los exámetros de los poetas. Otro día me paseaba por los campos de Mántua al terminar Octubre, recitando en mi memoria los versos más bellos de Virgilio. Una carreta se paró en el camino, tirada por bueyes que llevaban sobre el testuz sendas guirnaldas de frescas y olorosas yerbas. Dos jóvenes campesinos metidos dentro de aquella carreta, que era como un lagar ambulante, pisaban las uvas con las cadencias y los compases de un baile. Desde la zaga caía por una especie de caño, abundante chorró de vino tan grueso como el chorro de una fuente, que esparcía vivificador aroma. En torno de la carreta, niños medio desnudos pero coronados de pámpanos, muchachas de una belleza escultórica, con las sienas ornadas de flores, bailaban de tal suerte y captaban con tanta solemnidad y tanta poesia, que me creí en una de aquellas danzas religiosas de otros tiempos; como si el Dios—Naturaleza viviera y

habitara todavía el santuario de los campos, recibiendo ofrendas y holocaustos de los felices campesinos. ¡Oh! La vendimia, el matiz de las hojas, la transparencia de los racimos, los sarmientos inclinados al enorme peso, los montones de uvas, aquí y allá las espuestas llenas, los carros y carretas en todas direcciones, los coros alegres de los vendimiadores, el lagar donde pisan las uvas al son de las canciones y con los compases del baile, el mosto oloroso, la alegría de la vida exuberante, todo esto compone un poema campestre, un idilio que no puede olvidarse y cuyo recuerdo recrea el ánimo y esparce la imaginación en cielos espléndidos de pura é inextinguible poesía.

Las fiestas de la primavera se diferencian mucho de las fiestas del otoño. La religión, que tiene tanta poesía, ha puesto en los meses de abril y mayo las Pascuas floridas, la Ascension á los cielos, los días consagrados á ofrecer á la Virgen la cosecha de flores nacidas y brotadas al soplo de su divino amor. ¡Cuántas veces, de niño, he unido mi voz á las letanías, cuando el clero de mi parroquia iba por las mañanas á bendecir con la cruz de mayo los campos henchidos de exuberante savia! ¡Cuántas veces he creído el día de la Ascension, al cantarse la misa de hora acompañada por el órgano, que los olivos volvian el revés de sus hojas al cielo, tornándose de verdi-negros en albos y plateados, para contemplar la subida de Cristo en sonrosada nube á los cielos! En otoño las pardas nieblas vienen y lloran; las golondrinas se van y dejan sus vacíos nidos en los aleros de los tejados, en los techos de las cabañas. ¡Cuánta diferencia entre su alegre venida, que anuncia la luz, el calor, la vida, las flores, la alegría universal y su triste despedida, que anuncia el cierzo, el hielo, el deshoje, la muerte. Mil veces, á las últimas, á las más atrasadas golondrinas, á las que revolotean ateridas en torno de nuestros cristales, ya cerrados, como si no quisieran dejarnos, y pian una de sus elegiacas lamentaciones, les he rogado que me llevaran con ellas, en sus alas, á través de los mares, allá á las tierras del sol, exentas de nuestras escarchas, y donde el invierno brilla como una primavera perpétua. Pero vuelan, se van y se llevan un año de vida en sus ténnes alas. Y nos dejan próximos á esas largas noches de invierno en que el viento muge y la lluvia azota nuestras ventanas ¡Oh! Se van, se van y nos dejan! Por eso, como en el mes de mayo las flores de Maria, en el mes de noviembre la fiesta de los muertos. Sí, á vosotros, los que os habeis ido de nuestro lado, los que paseais por otros mundos, dejándonos por toda herencia vuestros huesos y vuestras cenizas, os conmemoramos todos los años, cuando los ruseñores se callan, cuando las golondrinas se van, cuando los árboles se deshojan, cuando las hojas se pudren, por la fiesta de noviembre, que se llama tambien la fiesta de los muertos. Entonces vamos á los cementerios y recogemos nuestra alma en los recuerdos y consagramos una oración á los muertos. Todo es

sombrío, todo triste. Pero así como bajo la escarcha se oculta y germina la semilla, que lleva las espigas, bajo el sepulcro se oculta y germina la resurrección, que lleva en sí la inmortalidad. Todo renace en el universo; y todo renace en el alma. La vida es una transformación y un renacimiento continuos. La tumba es una larva, de la cual sale un alma que extiende sus alas en lo infinito y llega hasta las cimas de la gloria. Ya que la vemos, creamos en la resurrección universal. Y alabemos á Dios en cuyo seno se despertarán y transformarán nuestras almas. Si, el sentimiento de la naturaleza concluye por convertirse en puro sentimiento religioso.

EMILIO CASTELAR.





Valladolid en 1.º de Enero de 1889.



Empieza el año, y la pluma del cronista no puede, por consiguiente, escribir una sola palabra acerca de los sucesos que ocurran en el año que empieza. Del que acaba de morir, ¿quién se acuerda ya? Solo para lo presente tenemos atención y cuidados; el pasado es ya incorregible, y no podremos conservar su molesto recuerdo; el porvenir es oscuro, incierto, tal vez penoso y no nos convienen pensamientos de esa especie.

Aquí, en un día cualquiera, nada sucede, nada se hace, nada se encuentra; aquí, por lo tanto, no siempre se puede hablar del presente: hay que recurrir por necesidad, si se quiere decir algo, á generalidades, á síntesis, al ayer, al mañana, al dato histórico, á la profecía.

Dicha con castellana franqueza la verdad que al público se debe, resulta que en Valladolid, la famosa antesala de la Côte, la población de cinco círculos, cuatro teatros, Universidad, infinitas suntuosas tiendas, algunas fábricas, Colegio Militar, Escuela de Comercio, Academia de Bellas Artes y diez ó doce periódicos, apenas se nota el movimiento intelectual, característico de los grandes centros.

En Valladolid no se gastan conferencias, ni estrenos de obras dramáticas, ni publicaciones de importancia, salvo sea alguna rara excepcion. Se hacen en cambio, numerosas anotaciones de Debe y Haber, se escriben tremendas facturas, se politiqua menudamente bajo la égida protectora de un *económico* exministro, se trae y se lleva al Ayuntamiento ó á la Diputacion, se insertan en algun papel público los correspondientes articulitos literarios ó verscecitos amorosos, y se pasea mucho, se cafetea mucho, se habla mucho, se pierde con admirable maestría el tiempo, en infinita variedad de bicocas y fruslerías.

Lo cual no significa que aquí no haya talento, ni ilustracion, ni actividad, ni trabajo, ni provecho. Hay de todo eso, y todo eso está representado por personas dignas de gran loa y de gran encomio que, de vez en cuando, presentan demostraciones evidentes de lo que son, de lo que valen y de lo que producen. Pero todo ello, con pesar tanto, se nos figura que ofrece más trazas de excepcion que de regla.

Concretándonos á la ciencia, á la literatura y al arte, podríamos fácilmente citar, retratar y criticar (segun nuestro leal saber y entender), unas cuantas personalidades que honran á Valladolid y que harían brillante papel en cualquier parte.

La prensa tiene cultivadores bastante notables, y estos periódicos, aparte de esos sueltucillos de menor cuantía sobre el nombramiento del Oficial de Hacienda, la licencia del Juez de tal partido, el poco alumbrado de este barrio y la camorra de aquella callejuela, publica artículos políticos muy sensatos y discretos, artículos de intereses materiales muy oportunos y acertados, artículos literarios muy ingeniosos y muy bellos y hasta versos muy aceptables. Ahí está «*El Norte*», el abuelo, conservador de tomo y lomo, con historia larga, criterio ilustrado, intencion sana y suscripcion cuyo producto para nosotros quisiéramos. Ahí está «*La Crónica*», ya muy antigua tambien, con sus escritos tan eruditos como patrióticos y sus campañas económicas ó agrícolas, de utilidad práctica en su tiempo y sazón. Ahí está *La Libertad*, hermoso diario en que destellan fulgores metafísicos de luz rojiza y brotan flores literarias de trascendente aroma. Y ahí están *El Eco*, muy servidor de Gamazo, *La Lealtad*, muy servidor del gran húsar «*La Opinion...*» de Santarén y su familia, como decía el *Eduardo del Palacio* de Valladolid, hoy alejado de esta tierra de bendicion, y los órganos del magisterio, y hasta *El Boletín Oficial* si se quiere, que alguna vez se honra con esos preámbulos de decretos, esas circulares, esos documentos, en fin, de los centros gobernantes tras de los que suele brillar el talento de alguno de esos ministros que son en literatura una onza de oro y en política un duro en cuartos.

De suerte que la prensa vallisoletana nos ha dado á conocer escritores tan estimables como Salcedo, Barrasa, Pozas, Macías, Bravo, Villardell y otros muchos, obreros beneméritos de la inteligencia, que siembran y siembran sin cosechar otra cosa que envidias, desazones, ingraticudes y trabajos.

En donde tambien se pone muy de relieve el talento y la ilustracion de los hijos de esta capital, es en el foro. La ciencia del derecho, la elocuencia forense tienen aqui representantes de primera clase, y ocasiones se ofrecen, no muy de tarde en tarde, en que el elemento j6ven del Colegio de Abogados, bien aprendidas las lecciones de los que han gastado su vida y su entendimiento informando elocuentemente en los tribunales, revelan excelentes dotes oratorias, conocimientos nada comunes, gran corazon y ánimos para mayores empresas. Citar ahora nombres, sería insertar la mitad de lo que contiene el lujoso libro *Lista del Colegio de Abogados*.

¿Y las artes? ¡Pues no hay pocos artistas! En Valladolid se pinta mucho, y entre ello hay algo bueno. Hasta tenemos por acá caricaturistas, dibujantes de periódicos festivos, al estilo de Ortego, Cilla ó Mecachis; dígalos Huerta que ha publicado, pocos dias hace, en *El Inocente*, periódico

anual, y el ser así no es pequeña inocentada, viñetas de lo más cómico, ingenioso y grato que admite el género.

La música se cultiva también mucho y con profundo cariño. Hay café en que la dan de balde, y buena, y ejecutada y bien ejecutada por seis instrumentistas que al pueblo soberano le instruyen en los misterios de ese divino arte y le facilitan el conocimiento de las novedades musicales que manan sin cesar de los teatros de la Corte. Después los pianos caseros. ¿Qué niña bonita no tocó el piano? ¿Qué niña bonita no andará por *La Gran Via* ó no interpretará los sentimientos de *La Bruja*? Luego.... los pianos callejeros, nosotros suponemos que existen unos dos mil, pues por donde quiera que vamos, á cualquier hora, en cualquier día, de cerca ó de lejos, á la esquina ó en el centro, nos encontramos con uno de esos instrumentos tan fáciles de tocar, que ó nos embelesa ó nos horroriza, según los casos y las cosas.

Pero al hablar de música, tenemos que hablar más en serio, como que habremos de poner en nuestro pensamiento y en nuestra carta el respetable nombre de la Diputación Provincial.

Esta corporación, muy política, como todas y en todos los sentidos de la palabra, echa sus canas al aire, esto es, piensa algunas veces que la provincia no vive solo de pan, no solo necesita carreteras y cosas por el estilo, sino que debe vivir y necesita la vida del espíritu. Y para la vida del espíritu nada más á propósito que el arte. Así es que una de las mejores obras que tiene apuntadas en su haber la supra dicha Corporación, es la de haber fundado una Escuela completa de música, sobre la base de los jóvenes acogidos en el Hospicio. Cuando se hallen del todo organizadas la banda y la orquesta, nada menos que banda y orquesta han de componer los hospicianos aptos, imagínese el lector para cuantas cosas servirán, qué utilidad en fiestas y solemnidades no han de reportar, lo que contribuirán á la educación popular, tan abandonada por desgracia, y el porvenir que se podrá ofrecer para cada uno de los instrumentistas.

Porque se trata por los diputados de que la orquesta y la banda sean *verdad*, es decir, absolutamente buenas, presentables en cualquier parte.

Ignoramos naturalmente si éstos propósitos, tan laudables, tan dignos, tan elevados, tendrán cumplimiento; pero para creer que sí, poseemos un dato precioso, y es la elección que aquellos señores han hecho de la persona que ha de dirigir la mencionada Escuela de Música.

Viviendo en Valladolid, es claro que sabemos muy bien que nadie en esta capital desconoce el simpático nombre de Cipriano Llorente. Como que hay motivos muy fuertes para que todos le conozcan y le quieran.

Llorente que es el director elegido por la Diputación Provincial, y ya ha sabido esta lo que se ha hecho, es una de las personalidades más salientes, más enérgicamente dibujadas, por decirlo así, más típicas, en una palabra. Y eso que si su figura, vista una vez, no se olvida jamás, en cambio su tra-

to puede presentar y presenta un ser de doble naturaleza, ó con dos caras, ó con anverso y reverso, como se quiera: el boticario por un lado, el artista por otro.

Cualquiera pensará que por la parte de la botica, no hay que mirar á Llorente, y sin embargo el que así piense no acierta. El artista boticario cumple con ciencia y conciencia su mision, trabaja con asiduidad, se sujeta heróicamente al laboratorio y satisface á la clientela, para la cual tiene, segun la calidad y circunstancias de la persona, tal ángel, como dicen los andaluces, que es verdaderamente placentero ver como vende sus drogas, cómo despacha los emplastos que *confecciona*. Su conversacion de *tendero* es chispeante, gráfica, jovialísima y atinadísima; nadie creerá que aquel licenciado en Farmacia es el celo, el escrúpulo en persona para el examen y la composicion de las medicinas que se le encomiendan.

El boticario artista, es otra cosa, y otra cosa muchísimo mejor. El arte es su idolo, y el ejercicio del arte es su transfiguracion. Como compositor posee todas las buenas cualidades, todas las aptitudes, todos los recursos, pero sobresale quince codos en lo mejor, que es el sentimiento. La música de Llorente es sentidísima, así es que es casi puramente melódica, de la escuela italiana, del *bell canto*. Tiene algo de la poesia de Schubert y algo de la delicadeza de Bellini, y no sabemos si atrevernos á decir que supera á este último en la armonía, pues, en este punto, nos ha parecido á veces más variado, ménos repetido este Cipriano que aquel Vicente. Cuando se publique la coleccion de melodías que tiene compuestas, muchas de ellas con letra de aquel inolvidable poeta cuñado suyo que se llamó Evaristo Silió y Gutierrez, existirá una prueba de lo que aseveramos.

El instrumento que mejor domina es el violin. En él hace primores, y no es extraño, puesto que á sus excepcionales condiciones reúne la circunstancia de ser discípulo de Monasterio.

Pero su fuerte, francamente, es la direccion de orquesta. En este terreno avanzaria desmesuradamente si se lo propusiera. Es increíble lo que puede y lo que logra con todos aquellos á quienes dirige. Su genio chancero, muy útil para corregir y evitar choques y rozamientos, su energía para imponer la batuta, su *ciencia musical* para arreglar todos los detalles, su espíritu organizador, su ejemplo en todo, y hasta la expresion de su semblante en el que se vé genio, entusiasmo, adoracion al arte, sentimiento exquisito, de tal modo que parece que dirige solo con la vista, son medios tan poderosos y tan difíciles de juntar, que nos hacen creer firmemente que nació y debió ser exclusivamente director de orquesta. Ciertamente ya lo ha sido, con compañías de ópera y en famósas campañas, y sobre todo, allá, en cierto año inolvidable para Valladolid, en el cual dió á conocer á este público toda la Misa de Rossini en dos solemnísimos conciertos sacros celebrados en el gran teatro de Calderon; pero ¡lástima que no siguiera siéndolo!

A este hombre, pues, ha encomendado la Diputacion mision tan difícil y

delicada como la de organizar y dirigir una buena Escuela de Música, con los hospicianos.

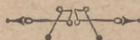
Si él no lo consigue, que renuncien los demás, aunque en los demás tengamos que reconocer no pocas aptitudes ni pocos méritos.

Ahora parece que vendría bien hablar algo de los teatros de Valladolid, que aunque poco, algo de arte nos presentan. Calderon y Zorrilla están abiertos, y en ambos se representan las obras de moda. Ese Zorrilla, sobre todo, es un no acabar de novedades, que para pobres provincianos fatiga. Apenas se estrena en Madrid uno de esos juguetes, de letra tan pesada y de música tan ligera, de tan triste literatura y tan alegre canto, ya se vé anunciado en los cartelones del teatro de la Acera. La gente acude, goza, se exhibe, la moral se tapa la cara, el arte se echa la mano á la frente como si le hubieran dado una pedrada, Moratin ruge dentro de la tumba, los aprendices de literatura estudian el modelo, (y con esto buen porvenir nos espera,) y algún periódico se atreve á soltar su censurita, mientras otros hacen de señores del coro. Eso sí, en cambio cuando se estrenan en Madrid obras como *Gloria*, esas tardan bastante en darse por aquí una vuelta, y váyase lo uno por lo otro.

Por lo demás, repitamos que aquí no pasa nada. Todo el suceso de hoy día primero del año, se reduce á la terminacion de una Novena que los P. P. Jesuitas vienen dedicando al Niño Jesús. Y allá vá la gente, á bandadas, ó como decía Hamlet que caminan los males, no uno á uno, sinó por escuadrones. Las niñas van preciosas, muy pintadas y compuestas, con muchas cintas y muchas flores y el indispensable loa; las mamás severamente lujosas. Todas se han ataviado como para el teatro, como para las fiestas del mundo. Y allí, dentro de la capilla, brillante, algo teatral, espléndida en luces y adornos, todo se vé menos la devocion. Y, como siempre que los P. P. Jesuitas dan funcion, sea religiosa, científica ó literaria, el paseo queda desierto, las calles poco menos y el interés se reconcentra en aquella casa tan suntuosa, tan elegante, tan cómoda, cuya iglesia ó cuya sala de actos contienen muy á menudo eso que los revisteros llaman la *hi glife* ó como se diga.

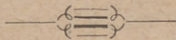
Esperemos, pues, á que el año *se vaya criando y vaya creciendo* para poder hablar algo de él en siguientes sucesivas cartas, y contentémonos por ahora todos con la noticia de que Valladolid sigue bueno, trabaja un rato, se divierte otro, á veces rie, á veces llora, tiene poco dinero, no le falta humor, cuenta con elementos para darse todo, es bastante útil á la pátria, desea prosperar y pide economías.

ANSELMO SALVA.





LOS REYES MAGOS.



(PÁGINAS DE OTRA EDAD.)

A mi querido amigo
José L. de Guevara.

Todavía me acuerdo de aquellos tiempos. Era el cinco de Enero. Desde muy temprano empezábamos á examinar las botas, mirando sus descosidos, condoliéndonos de sus rotos, y procurando por cuantos medios estuvieran á nuestro alcance, disponerlas de un modo digno de la visita que á la noche iban á recibir. Las limpiábamos, las embadurnábamos con betun, y solo á fuerza de mucho sudor conseguíamos ponerlas tersas y relucientes. Revolvíamos los cajones, los escaparates, los baules, y buscábamos hasta en el fondo los pequeños zapatos de punto que sirvieron para mi y para todos mis hermanos cuando señalamos con nuestros débiles piececitos los primeros pasos. Los adornábamos con cintas de seda que ya habian desempeñado el oficio de ceñidores de cucuruchos ó libretas provenientes de tal ó cual bautizo ó boda, y todo así preparado esperábamos con impaciencia la noche, y con ella, el feliz momento de que los *reyes* se detuvieran en nuestros balcones á colmarnos de golosinas y juguetes.

En estos preparativos pasábamos el tiempo hasta la hora de la cena; durante ella, toda la conversación versaba sobre lo generosos que este año se mostrarían los Magos, calles que iban á recorrer en sus invisibles camellos, y niños que encontrarían sus botitas vacias en castigo á su mal comportamiento durante el año que acababa de espirar.

La verdad es que apenas cenábamos de contento, y que ni los postres tan amigos nuestros otros días, se vieron muy favorecidos en la víspera del de los Reyes. Por fin nuestros padres se levantaban de la mesa, y todos en tropel íbamos á colocar nuestras botas y zapatos en los sitios convenidos ya, no sin antes ensanchar todo lo posible las unas, y ahuecar los otros, para que así, pudieran los Magos mostrarse todo lo pródigos que á su magestad correspondia.

Yo, y conmigo mis hermanos hubiéramos deseado no acostarnos aquella noche, y poder sorprender el instante en que envueltos en nubes de aromático incienso, descendían de sus camellos que yo me figuraba ráudos como la negra golondrina que anidaba en el alero de mi tejado, y subían, sirviéndose de impalpables escalas de hilos de oro á los balcones, donde yacian endurecidas y cubiertas por una capa de helada escarcha, mis botitas de los días festivos.... Pero mi padre daba la voz de retirada, y pronto, demasiado pronto á nuestro pesar, nos veíamos envueltos entre las sábanas de nuestras camas.

¿Dormirían mis hermanitos? Yo solo sé que si dormía soñaba mucho. Me figuraba nuestro pequeño *Nacimiento* colocado en un rincón de la sala, con su miserable cabaña de techumbre de paja, su suelo de verdoso y retorcido musgo, sus arbolitos sosteniendo menudos copos de gütata que queríamos simulara la blanca nieve; su indispensable cascada que se desborda de imaginada montaña, y que al romperse en hirvientes remolinos, aplaca el furor de sus ondas de nácar y corre resbalando mansamente hasta salvar un puentecillo de carton por el que atraviesan pastores que llevan como ofrendas al Niño Dios los tiernos recentales y las baladoras ovejas. Todo esto veía en mis ensueños alumbrado espléndidamente por las lucecitas de amarilla cera que sostenia nuestros pequeños candeleros de plomo, pero de pronto y como por encanto, aparecian apagadas todas las luces despidiendo hebras agrisadas de humo, y una claridad inmensa, verdaderamente milagrosa iluminaba nuestra modesta sala. De la estrella de papel dorado que habíamos colocado pendiente por un hilo del techo. Brotaban resplandores celestes y su cola de recortadas tiras iba dibujando en el espacio una estela de luz que semejava un rio de oro. De otro lado, los Reyes Magos, los héroes de la fiesta, se mostraban en una encrucijada, caballeros en enormes camellos, seguidos de una cohorte espantosa de criados ocupados no mas que en llevar en las alforjas de sus cabalgaduras los regalos sin número con que iban á obsequiar al Dios del mundo.

Más tarde los veía llegar guiados por aquella estrella á la mísera choza, y ellos todo riqueza, todo lujo, penetraban en aquel establo y se hincaban de rodillas ante la pobre cuna del Niño Jesús, rodeada de aquellas figuras de la Virgen, S. José la mula y la vaca que tiasas é inmóviles habíamos colocado nosotros con tanta solicitud dentro de la cabaña.

Ya iban á hacerle los presentes, iban á llenarle de regalos que en mi inocencia no suponía fueran otra cosa que juguetes y dulces y entonces era cuando yo me veía satisfecho, alegre, loco de contento....

A la mañana siguiente nos levantábamos antes que la luz del alba penetrara en nuestros dormitorios y sin concluirnos de vestir y espuestos á que el aire frío de la madrugada nos produjera alguna enfermedad, íbamos á los balcones á recoger el rico tesoro que estábamos seguros de encontrar dentro de nuestros zapatos y botas. Y así era en efecto; las hallábamos henchidas, completamente llenas de almendras, de figuritas de azúcar pintado de diferentes colores, de ratones de mazapan, de cajitas de bombones, de todos los caprichos que la solicitud de una madre puede soñar para agradar á sus hijos. Y el día de los Reyes todo era fiesta, bullicio, algazara. Y de este modo todos los años, hasta que llegó uno en que yo, que era el mayor de los hermanos, cumplía diez.

.....
Mi pobre madre había muerto hacía pocos meses. Con este motivo, las fiestas de Navidad, tan alegres otros años en mi casa, transcurrieron silenciosas y tristes, recordando á todas horas á aquella que desde el cielo nos miraba.

Llegó la víspera de Reyes y nosotros si no tan bulliciosos no dejámos de hacer lo que en años anteriores. Colocámos nuestras botas, los zapatos de punto, nos acostámos y al despertar el siguiente día fuimos impacientes y gozosos á recoger los regalos de los Reyes de Oriente. Abrimos el balcon y quedámos mudos, tristes, sorprendidos. Las lustrosas botas aparecieron cubiertas de una ligera capa de hielo, pero completamente vacías; sin un dulce, sin una almendra, sin nada que indicase el paso de la alada cabalgata que tanto nos había festejado años ántes.

Entonces comprendí quienes eran los Reyes Magos de nuestra casa. Lloré mucho y conmigo mi pobre padre que en su dolor no se había acordado de hacernos felices siquiera aquel día.

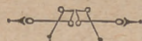
Desde aquel año no he vuelto á colocar las botas en mis balcones, pero no me he olvidado en cambio de rezar por mi madre.

HERMINIO MADINAVEITIA.





A Don Quijote (1)



yo nunca te ví mas alto
que cuando te vi caído.
VENTURA RUIZ AGUILERA.

Buen hidalgo, en tu loor
vá tosca lira á pulsar
vate tan loco de atar,
que es tu ardiente admirador;
que al verte, batallador
acometer sin espanto
los riesgos de absurdo encanto,
vacila su alma, indecisa
entre vislumbres de risa,
y tentaciones de llanto.

Si en tus lides incesantes
¡nata y flor de paladines!
solo encuentras malandrines
donde buscabas gigantes;
quien en rebaños, brillantes
escuadrones transfigura,
¿menoscaba tu bravura?
¡no!; buscar ¡por vida mia!
el peligro es valentia,
¡no encontrarlo es desventura!

(1) Poesía premiada en el certámen literario de las fiestas euskaras de Guernica, en Septiembre de 1888.

Si encantador que no cesa
de tramar ficción traidora,
trueca en vulgar labradora
la que soñaste princesa;
si de difícil empresa
te arranca el lauro y honor,
¡ah! ¿qué infeliz soñador
no halla, cual tú, en puridad,
en la fría realidad
su maligno encantador?

En el mayor desatino
de tu triste vida errante,
hay ansias de alma gigante
ahogada en mundo mezquino:
por eso, en rapto divino,
pides con audaz empeño
sus alas á Clavileño.....
¿Hay acaso un alma oscura
que nunca alceis al altura,
frágiles alas de un sueño?

En tu caridad ferviente
jamás, al herir tu oído
lleno de angustia un gemido,
le escuchas indiferente.
Al más débil más clemente
tiendes mano bienhechora,
que al ir con fé vencedora
en pos de empresa que espanta
basta á detener tu planta
la voz de un zagal que llora.

Si tu siglo sin ventura
lanza al semblante severo
del último caballero
el baldón de la locura;
si empequeñecer procura
tu incomparable heroísmo,
es que, en su frío egoísmo,
ningun cobarde opresor
pudo ser tu admirador
sin despreciarse á sí mismo.

Pero la edad que redime
al esclavo; la en que plugo
al Quijote Victor Hugo
batallar contra el que oprime;
en que hay un Byron ¡sublime
paladín del pueblo heleno!
¿podrá dejar en el cieno

el nombre hermosó que invoco,
y acaso exclamar—¡que loco!—
sin que respondan—¡que bueno!—

—
¡Jamás! ¡Si entre el fango brilla
con que intenta el vulgo necio
cubrir con falso desprecio
la admiración que le humilla!
Que su fé..... ¡su fé sencilla!
en raudal que no se agote
de entusiastas pechos brote,
y en nuestra edad venturosa
no habrá idea generosa
que no encuentre un Don Quijote.

—
¡Alma anhelante del bien!
¡Noble incrédulo del mal,
Hundido en un lodazal
y soñando en un Eden!
No te entristezca el desdén
con que censores de hielo
premian tu afán y desvelo.
¡Siempre en el fango se entierra
quien, cual tú, cruzá la tierra
con la mirada en el cielo!

JUAN ARZADUN.





LA EDUCACION POPULAR EN NAVARRA.

Lo decimos con entusiasmo, con orgullo; pocas, muy pocas son las provincias de España que han logrado como la nuestra atender del modo debido y con la preferencia que las necesidades de la época reclaman, este importantísimo ramo, cuyo desenvolvimiento implica claramente lo mucho que este país anhela, bajo todos puntos de vista, su ilustración y su cultura.

Si al recorrer con algún detenimiento todos y cada uno de los pueblos de esta bellísima provincia, en la que se encierran todas cuantas virtudes caracterizan á los pueblos nobles, dignos y honrados, visitamos esos modestos templos del saber, esas escuelas públicas en donde, á la voz de un solo hombre, humilde la niñez se afana por adquirir los conocimientos más indispensables al hombre de nuestro siglo, el corazón no puede por menos que palpar de júbilo, siendo así que tan halagüeñas manifestaciones dicen muy mucho en favor de esta hermosa patria Navarra, tan grande siempre; siempre tan dispuesta á sostener los preclaros timbres que la enaltecen á los ojos de los demás pueblos.

Hasta en las más pequeñas localidades se comprende á primera vista el adelanto de la educación popular, pues en todas ellas, sin excepción de clases ni fortunas, atentas las familias al cumplimiento de un deber tan sagrado como es el de instruir á aquellos que en su día han de ser el nervio más poderoso de la sociedad en que viven, no tienen inconveniente alguno en sacrificar sus propios intereses con tal de que la niñez alcance ese inapreciable tesoro, más poderoso aún que todas las riquezas materiales.

Como la felicidad de los países reconoce casi siempre como causa el mayor desarrollo de la instrucción; como esta es la palanca poderosa que consigue realizar cuantas empresas útiles se reconocen, de aquí el que Navarra goce de una ventura, que tan

solo es fácil comprender cuando à fondo se estudian sus condiciones de existencia.

No nos ciega la pasion; no nos alucina el cariño que profesamos al bendito suelo en que nacimos; no guia nuestra pluma un espíritu de parcialidad, justificada en parte por lo mucho que vale y lo mucho que ante las demás significa la provincia de Navarra; no, ciertamente; con nosotros pregonan su preponderancia cuantos hombres extraños à este país lo han visitado en diversas épocas; pues todos ellos se afanan en hacer saber, no ton sólo à la Nacion española, sinó à extranjeros territorios, lo que consigue éste por medio de esa aficion à instruirse que en todas circunstancias caracteriza todas cuantas múltiples manifestaciones se esfuerza por llevar à cabo.

Podríamos formar un paralelo entre el estado actual de la instruccion en Navarra y el de las demás provincias españolas, siendo asi que un trabajo de tal naturaleza, ademàs de poner de relieve nuestros adelantos en tan importantísima materia, puede ser útil y provechoso en todas circunstancias; pero como quiera que para llevar à cabo este propósito tendríamos que ocupar muchas columnas de *El Ateneo*, cosa que por hoy nos es imposible, dejamos para otro dia elextendernos debidamente sobre el particular, máxime cuando hemos de tener à la vista datos precisos que favorezcan la mayor exactitud de nuestro estudio.

Por ahora, pues, y hasta tanto que dichos articulos vean la luz pública, y procur aremos que sea lo antes posible, permitásenos reducir el presente à los estrechos limites que nos impone la necesidad.

De todas maneras, hoy por hoy, el objeto que guía nuestra pluma es otro muy distinto; pues se reduce ha hacer ver las condiciones en que se halla esta provincia para todo cuanto hace relacion con su desenvolvimiento intelectual.

Mil y mil veces, al recorrer otras comarcas de la península española, hemos echado de menos las ventajosas y utilísimas cualidades que à ésta caracterizan, y que màs dignas de estudio son cuanto con mayor empeño se hace el análisis de las que otros pueblos jactanse en pregonar à voz en grito; y à la verdad que entrando en el difícil y espinoso terreno de las comparaciones, nuestra provincia ha salido triunfate siempre, cosa que nos enorgullece en grado sumo por lo mismo que el amor que la profesamos es muy grande, poderoso é inestinguible.

Hemos dicho antes que la pasion no embarga nuestro ánimo, y añadimos ahora que al exámen de todos cuantos asuntos nos proponemos tratar aplicamos, porque asi debe ser y esto es lo más lógico, la severa ley de la imparcialidad; pero esto no quita para que nuestro aplauso entusiasta demuestre lo mucho que Navarra es y lo que aún puede ser por las favorables circunstancias que reúne.

Son estas de tal indole y favorecen de tal modo su adelanto que nos vanagloriamos en hacerlo constar así, en todos los tonos, bajo todas las formas y en cuantas ocasiones encontramos propósito para ello; pues de seguro que propios y extraños, al leer nuestras frases, han de asentir en que este hermosísimo territorio posee como ninguno elementos magníficos para engrandecerse.

La educación popular, fuente de toda vida para los pueblos modernos, se desarrolla en Navarra de un modo que sorprende hasta aquellos mismos que más acostumbrados están á su progreso y adelanto. La educación popular en nuestro país prueba que en el mismo hay deseo de llegar á esa altura desde la cual, para honra del siglo presente, las Naciones contemplan con espíritu mas sereno el porvenir que la Providencia quiere reservarlas, y por cuanto ella, al propio tiempo que fortifica la razón, ejerce saludable influjo en las costumbres, haciendo gozar al alma de placeres inefables que nunca se agotan, es por lo que nosotros con tanta alegría, con tanto entusiasmo, queremos que se favorezca su desenvolvimiento.

Paz del espíritu, llama un sabio legista á la instrucción; base de todo cuanto de bueno existe la creemos nosotros; pues ni los santos principios de la moral ni las augustas leyes del derecho tienen seguro porvenir, mientras que la sociedad y sus individuos no eduquen su inteligencia para despues formar, poco á poco, costumbres honradas y sencillas que elevan al hombre hasta donde él, ayudado por sus naturales instintos, pretende colocarse

ARTURO CAYUELA PELLIZARI.





LA MUÑECA

Jugando á las señoras, de visita
Está Bebé. Tocado estrafalario,
(que ella juzga de un gusto extraordinario,—
Y solo, en su concepto, necesita
Para ser elegante y hechicero,
De su mamá los guantes y el sombrero.)—
Luce con magestad, y, en marcha leda,
Vuélvese á oír el roce de la seda
De su crugiente falda de amplia cola.
Ella charla por dos, porque está sola.
¿Sola? ¡no! entre sus brazos,
Con cuidados de abuela, ansiosa estrecha
Ridícula figura contrahecha,
Informe objeto envuelto entre retazos;
Un monigote ruin, descalabrado,
Por sus amantes besos deslustrado,
Sin brazos, sin colores, roto, hueco,
Resto confuso de gentil muñeco
Y á la vez que el más feo el más preciado
De sus juguetes..... ¿El porqué? ¡Es misterio!

Tomando la comedia muy en sério:
—¡Tan! ¡tan!— llama—¡adelante!;
Cómo ¿es V. señora..? buenos días;

¡al fin sale V. ya!—Solo un instante;
 y ¿qué tal?—¡Oh! muy bien...; hay tonterías
 que no pueden faltar, como V. sabe...
 ¿y V.?—Yo estoy muy grave;
 pero en cuanto á los niños no podemos
 quejarnos.—¿Cuántos son?—Doce tenemos—
 —¿De qué edad?—Verá V.: todos á una
 van á cumplir los doce en este invierno,—
 —¡Todos los mismos años! ¡qué fortuna!
 y ¡qué comodidad!—Pero ¡qué infierno!
 —¡Cuéntemelo V. á mí!—¿Tiene V. alguno
 tambien?—Sí: solo uno;
 este (mostrando su muñeco eterno.)
 —A ver... ¡luz de mi vida..!
 ¿es niña?—No—¿Varon?—No, no, aun no es nada
 porque, ya lo vé V., no está vestida;
 que le vistan no quiero;
 ¿para qué? si es varón querrá de fijo
 jugando á los caballos, ser cochero,
 y las niñas ¡no! ¡no! ¡gloria divina!
 despues de mil historias desdichadas
 son al cabo infelices de casadas.
 ¡Yo quiero ver dichosa á mi monina.....!—
 Y estrechaba en sus brazos con locura
 Al muñeco amorosa é intranquila,
 Y al clavarse en sus ojos sin pupila
 Desbordaba en los suyos la ternura:
 Que aquel risible harapo, era en su mente
 En realidad el Niño, el sér querido,
 El rosado y gentil recién nacido,
 Amor que se hizo carne, flor viviente.....
 Y encontraba para él, en trino suave
 Palabras que se inventan, le arrullaba
 Doblando el cuello como suele el ave,
 Y unía en largo beso, amante y loca
 A él su carmínea boca,
 Y no fingía ya..... ¡era una madre!
 En tanto yo, su padre,
 Sentía melancólica amargura
 Viendo algo mio, extinto
 En aquel corazon que innato instinto,
 Hacía arder en maternal ternura.
 De la ciega y cruel Naturaleza

Era mi hija adorada antes que mía,
 Y ella la recobraba con rudeza;
 Y robaba mi calma
 Ira sorda y tenaz, cuando sentía
 El nuevo amor que germinaba en su alma.
 Entre tanto su acento resonaba
 Más acre, no nombraba
 Al hijo ya esta vez, sino al marido:
 Esto era grave y agucé el oído.
 ¡Ah! ¡qué maestros fueran
 Los niños, si los hombres les oyeran!
 —Me tiene siempre abandonada ahora—
 —Y á mí el mio... ¡son tantos sus quehaceres!
 —Esto nos pasa á todas las mujeres..!
 —¡Oh los hombres..!—¡Los hombres ¡ay! señora!—
 —Y eso que á mí me adora
 y aún me llevó hace poco
 al Real... no, al Español... no, no tampoco...
 no puedo recordar donde sería...
 sé que Guñol representó aquel día...
 pero en cuanto trabaja... ¡adíos! se encierra
 y...—Lo mismo que el mio, buena amiga,
 y en balde es que le diga
 con mi más dulce voz «Te espero, acaba,
 «¿no vienes con tu hijita.....? (Bueno, vamos,
 el marido soy yo..... ¡lo sospechaba!)
 responde:» no, no puedo, nos quedamos,
 «Va á empezar á llover.....» y ¡adíos encanto!
 que fastidio, Señor, lo que yo digo,
 ¿porqué no quiere pasear conmigo?
 ¿porqué, Señora, si me quiere tanto?—

———
 ¡Porqué! ¿Sabes porqué, vidita mía,
 Paso en absurda cárcel, y escribiendo
 Con tan dudoso resultado, el día,
 Solo ¡sin tí! pudiendo
 Jugar también los dos.....? Porqué secreto
 Yo á quien tú crees discreto
 Me niego á tu placer, á tu divina
 Faz que me calma, á tu candor dichoso
 Que me defiende y cura, á tu argentina
 Risa que me hace niño, al bullicioso



D. Ricardo Becerro de Bengoa.

Rumor que en torno tuyo se concierta
Cuando entre grata claridad de aurora
Brotó la alegre charla trinadora
Que á tu naciente vida se despierta?
Pues yo te lo diré... mas fuera en vano
y estéril toda esplicacion prolija...
¡Quiero que un día se estremezca ufano
Tu pecho con aliento soberano
Cuando oigas esclamar—¡esa es su hija!—
Que, si adoras á un hombre,
Ese orgullo de amar te dé mi nombre
Necesario al amor: que cuando el día
Llegue del triste olvido (calla ¡Gloria!
Eso está muy distante todavía)
Y duerma mi recuerdo en tu memoria,
Por ajenos recuerdos reanimado,
Muerto en tu corazón, viva en tu orgullo,
Amándome al saber cuánto te he amado,
Si lo sabes jamás... Ríñeme ahora
Y con mohín, y gracias hechiceras,
Sé muy mala conmigo y no me quieras...
¿Qué importa á quien te adora
Que no le ames á él?; cuando rendido
Te idolatra, no aguarda á ser pagado
Para empezar á ser el obligado,
Que amar ¡ténlo entendido!
Aunque un pobre de espíritu se ría,
No es recibir, es dar, querida mía.

(DE EDUARDO PAILLERON.)

(TRADUCCIÓN)

JUAN ARZADUN.





LA TRAGEDIA DE UN CIEGO.

I.

Con paso lento y firme, cuyo compàs marcaba el palo al resonar en las losas, llegó à su vivienda.

Su oído sutilísimo le advirtió que en el zaguan habia una persona, y deteniéndose en el umbral, alargó la cabeza como interrogando las sombras: era una chícuela que lloraba.

—¿Qué haces aquí, muchacha,?—¿fuera de tu casa à estas horas?—dijo con su voz nasal y lenta, voz de mendigo quejumbrosa é igual.

—Yo no tengo casa!—le respondieron con redoble de gemidos, y, entre sollozos, brotó la historia vulgar—huérfana recogida por parientes lejanos, maltratada y decidida à no volver.

El ciego reflexionó.

Quizà, aunque habituado al lloro de la miseria, exagerado y gí-moteante, le enterneciò aquel llanto de niña: tal vez necesitara un lazarillo.

Al fin de la historia diò, por primera vez, à su voz suplicante entonacion protectora para decir:

—Vaya, hija, vaya, sube y *ya veremos*....

Desde aquel dia, en la sombra eterna de su vida entró un rayo de luz.

Ya no estaba solo con la doble soledad de las tinieblas y el silencio.

En sus excursiones *artísticas* la locuacidad infantil de la chiquela, encantada de su nueva vida, reproducía en su mente el mundo exterior, para él, hasta entonces, apagado y muerto, y su continuo flujo de palabras y exclamaciones le representaba la vida bulliciosa en torno de él.

Por otra parte el *negocio* mejoraba de día en día. Ya no le estaban vedadas las productivas ferias de los alrededores, donde la inteligente guía disputaba para él el puesto mejor, mientras su vocécilla fresca y alegre contribuía no poco al aumento de las colectas.

Y pasó el tiempo, y la muchacha se desarrolló tanto que un día en el corro una voz de obrero dijo con admiración codiciosa:

—Cuidao que es guapa la muger del ciego!

¡La muger del ciego! Se había sonreído tantas veces oyendo elogiar á su *hija* que la nueva idea llenó el insomnio de su noche.

Su muger ¿porqué no? El no era viejo y ella le debía su nueva vida feliz.

Al día siguiente al volver á su casa la sentó á su lado, volvió hácia ella como contemplándola sus ojos sin luz y empezó el idilio extraño con esta frase:

—¿Sabes que dicen que eres muy guapa?—

Y se casaron.

II.

¡Qué cambio en su vida! El viento del derrroche deshizo su hucha de avaro y dispersó las relucientes monedas de oro, quinta-esencia de tantas de cobre reunidas pieza á pieza.... ¡oro en paño!

Todo le parecía poco: la quería elegante y aderezada para gozar con amargo placer al admirarla en el elogio ageno.

En sus horas de éxtasis, pasaba silencioso y abstraído sus dedos de sensibilidad exquisita por el rostro de la jóven, analizando facciones, estudiando rasgos.

Aquellas eran sus miradas de amor.

Ella cambiaba también de carácter.

Su alegría infantil y bulliciosa se interrumpía con melancólicos silencios.

La niña hecha mujer, sentía la tristeza infinita de un amor obligado á mirarse en unos ojos muertos.

En la feria de Mayo una voz *de señor* (¡oh! ¡de fijo!) murmuró

cerca de ella, con ardor contenido—¡preciosa!—y al mismo tiempo, una moneda de oro rebotó en el cobre de la bandeja con impertinente retintín.

El con instintivo movimiento, estrechó su brazo, presa del temor cobarde de un abandono—¡su brazo que no temblaba con la indignación de la afrenta!

—¿Qué ha echado ese hombre?—

—Una peseta, tío,—seguía llamándole así en sus graves distracciones, aunque sabía el daño que al hacerlo causaba al ciego

Desde aquel día se obstinó en salir solo, huraño, atormentado por los celos, sin acordarse de mendigar, discurriendo pretextos, fingiendo indisposiciones para regresar inesperado.

Nada le importaba la escarcela vacía; su vida tenía un solo objeto ¡sorprenderla!

Y un día, con mejor humor que de ordinario, expansivo, casi oíal salió en la acostumbrada dirección. Dió un largo rodeo y por desusados caminos, regresó hasta alcanzar una puerta trasera olvidada y no abierta desde tiempo inmemorial.

Con sigiloso cuidado introdujo la llave de la cerradura. Temía el áspero chirriar de los mohosos goznes llenos de orín. Empujó suavemente y la puerta cedió con fácil giro, cautelosa como una cómplice con el pavoroso silencio que precede al crimen.

¿Quién entraba por allí?

El fantasma de sus celos vago é informe, creció de súbito hasta llenar gigante su alma entera.

Y esperó, esperó en la sombra horas, días tal vez, conteniendo el hervor de su sangre apretándose las sienas.

Alguien se acercó à la puerta: una llave chocó antes de ajustarse en la cerradura y entró en ella luego, rápida como un puñal.

Ella se había acercado à la escalera y se cruzaron en voz baja dos palabras:

—¿Está?—

—¡Sube!—

¡Ay! en cuanto pudo él subió detrás, cauteloso, siniestro, con la refinadas precauciones del ladrón que avanza en las tinieblas y abriendo súbitamente la puerta de la estancia, apareció en el dintel, adelantando hacia los culpables su cabeza de estatua, en actitud de acecho.

Y con todo el alma en su oído, sintió que manos inseguras abrían la ventana y el ruido de un cuerpo al caer en la calle.

¡Huía!

Rigido é impasible como un sonàmbulo, llegó con lento paso hasta la jóven petrificada, y cayó à su lado en la postura misma de sus horas de amor: sus dedos yertos acariciaron el angustiado rostro cubierto de sudor frio, deteniéndose en las calientes huellas de los besos, rodearon el cuello gentil tan tibio y terso, y en crispacion furiosa apretaron hasta crugir con inconsciencia de màquina que estruja y deshace: no cedieron un punto compadecidos por la contorsion desesperada de cuerpo juvenil revelándose anheloso contra la muerte: se dejaron desgarrar por las uñas rotas en la lucha, insensibles, implacables..... ¡hasta que todo acabó!

Entonces arrastró à la ventana el cuerpo inerte, asomó à ella el rostro de la víctima, amoratado y horrible, y amenazando al vacío con la crispada diestra gritó.

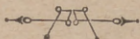
—¡Cobarde!—

J. A.





Crónica local.



Al entrar en el quinto año de su publicación, la REVISTA DE VIZCAYA saluda cordialísimamente à sus indulgentes suscritores, y les asegura que se esforzará por seguir mereciendo su apoyo, que agradece lo indecible.



El nuevo año empieza tristemente para Vizcaya, huérfana de las antiguas y queridas libertades que le fueron injustamente arrebatadas hace trece años, en el año terrible y maldito de 1876.

Uno de los últimos actos de soberanía ejercidos por los hoy esclavizados vizcaínos fué el acuerdo tomado en Junta General de acudir continua é incesante, aunque respetuosamente, á los poderes públicos, pidiendo la restitucion de nuestras leyes seculares y de nuestras costumbres sacrosantas. ¿Se ha cumplido el acuerdo? Creo que no.

Me parece que *siempre*, al empezar *cada año*, Vizcaya debiera presentar ante las gradas del trono, respetuosísima pero enérgica exposicion demandando la derogacion de la ley de 21 de Julio de 1876.



¿Quién no recuerda cómo fué abolida la secular constitucion política de Vizcaya?

Disputábanse en fratricida contienda el trono de España D. Alfonso y

D. Carlos de Borbon, y los liberales vascongados, entre ellos los de Bilbao, contribuyeron en primer término, al triunfo del hijo de la Reina Isabel. Terminada la guerra, y triunfante D. Alfonso XII, fué en Bilbao calurosa y cariñosísimamente recibido y aclamado por una multitud delirante. Un pecho hidalgo debió agradecer aquel recibimiento, y no olvidarlo jamás.

Pero apenas el monarca se halló en Somorrostro, y en el momento en que iba á dejar nuestro territorio, un ministro torpe y soberbio puso en sus labios incalificable proclama que era un sangriento insulto á todos los vizcaínos, y principalmente á los que en Bilbao habian aclamado al Rey. La execración de Vizcaya y las maldiciones de la historia deben, pues, caer sobre el aborrecido ministro, á quien recientemente, y en justa recompensa de su odiosa política, España entera ha silbado de un modo horroroso y hasta ahora nunca visto.

Privada Vizcaya de sus leyes, que eran el patrimonio de sus hijos, buscó en la historia, maestra de la vida, el modo de recobrarlas. Ofrecíasele por un lado el ejemplo de las provincias Unidas de Holanda que tiranizadas horriblemente por Castilla, en cuyo sólio se sentaba D. Felipe II, el execrado verdugo de Aragon, el no sin razon llamado *demonio del Mediodía*, supieron con las armas en la mano, tras titánica y heroica lucha, sacudir yugo tan vergonzoso, y fundar una libre y gloriosa república, llamada á ser envidia de las naciones. Ofrecíase por otro lado á los Vizcaínos el ejemplo de Vizcaya misma, que privada repetidas veces de sus libertades las habia recobrado dirigiéndose pacífica y respetuosa, si bien enérgicamente, á los poderes públicos, en demanda de justicia. Por este segundo medio optaron los vizcaínos, que no querian sumergir á España en los horrores de una guerra civil, que habria sido más cruel y espantosa que todas las anteriores.

Cúmplase, pues, el solemne acuerdo de los vizcaínos, y pídase continua é incesantemente al poder central la justicia que se nos debe.



Vino á Bilbao el eminente escultor Sr. Benlliure, autor del proyecto de la estatua que se piensa erigir en nuestra villa al egregio fundador de la misma D. Diego V Lopez de Haro.

Dicen que el Sr. Benlliure no ha quedado *muy entusiasmado* cuando ha visto la exígua y feísima plazuela de Santiago en la que *algunos* quieren que se coloque la estatua. Tampoco ha debido gustarle la Plaza Nueva, que otros indican para el mismo objeto; la Plaza Nueva es un verdadero *patio*, y el Sr. Benlliure sabe que los patios son muy á propósito para tender ropa, y para otros usos domésticos; pero que no son adecuados para la ereccion de estatuas. La única estatua que allí estaria bien seria la del inventor de la legía Fénix, providencia y consuelo de las lavanderas contemporáneas.

Me aseguran que el Sr. Benlliure quisiera colocar la estatua en la bella

plaza circular, y tiene muchísima razón el Sr. Benlliure. Pero basta que tenga razón para que aquí no le escuchen los que deberían escucharle.



Dijo nuestro estimado colega *El Porvenir Vascongado* que los vecinos de Biarritz estaban *muy intrigados* porque habían llegado allí algunos individuos con objeto de buscar alojamiento para una persona que viaja con un séquito de sesenta personas. ¿No sabe el citado periódico que *muy intrigados* es gabacho? Y si es periódico gabacho ¿porqué francamente no lo declara?



Se ha debido ya inaugurar el alumbrado eléctrico en Durango, y en breve estarán iluminadas por el mismo sistema las villas guipuzcoanas de Azpeitia, Azcoitia y Cestona. Entretanto en Bilbao continuamos á oscuras, gracias á la pésima calidad del gas municipal. *¿Quosque tandem.....?*



Los vecinos de Biarritz, que tan *intrigados* estaban al parecer, han salido por fin de dudas. La ilustre dama que se propone pasar el invierno en aquella linda localidad es la reina de Inglaterra y emperatriz de las Indias, que irá de incógnito, con el nombre de condesa de Balmoral.

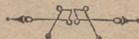


El gacetillero de nuestro popular colega *El Noticiero Bilbaino*, sigue con su manía de hacer villas sin consentimiento de los vizcaínos, que es como únicamente pueden hacerse en esta tierra. Aquel valiente gacetillero ha fundado ahora villa en el lindo valle de Truãos, en las nobles Encartaciones de Vizcaya.



Estableciéronse tres sastres en una misma calle de Logroño, y el primero puso en su tienda este rótulo: *El mejor sastre de la ciudad*. El segundo, que no quería ser ménos, hizo poner en la suya este otro: *El mejor sastre del mundo*. El tercer sastre, más modesto y más listo que sus colegas, se contentó con mandar pintar este rótulo: *El mejor sastre de esta calle*.

JOCUNDO DE GATKA.



MEJORAS PARA 1889



Deseosos de corresponder al favor del público, hemos introducido dos importantes reformas que nos agradecerán los suscritores.

El distinguido escritor y elocuente Diputado á Còrtes Vascongado D. Ricardo Becerro de Bengoa se ha encargado de escribir una *Crónica de Madrid*.

Daremos retratos de los hombres más notables de España y en este número tenemos el gusto de publicar el de nuestro querido amigo Sr. Becerro de Bengoa que se ha conquistado un nombre célebre en la prensa y en el parlamento.



REVISTA DE VIZCAYA.

CONDICIONES DE ESTA PUBLICACION.

Esta REVISTA se publica los dias 15 y 30 de cada mes, en cuadernos elegantemente impresos de más de 40 páginas. Contiene artículos de ciencia y arte, revistas y crónicas especiales de todos los acontecimientos notables, novelas, críticas de libros y de obras artísticas, biografías de hombres célebres, etc.; dedica especial atención al movimiento intelectual moral y material de las provincias.



PRECIOS DE SUSCRICION.

EN TODA ESPAÑA.	ULTRAMAR Y EXTRANJERO.
Tres meses. 3 pesetas	Tres meses. 5 pesetas
Un año. 10 »	Un año 15 »

Número suelto, 75 cènts. de peseta.

PUNTOS DE VENTA EN BILBAO

Librería de D. Juan E. Delmas, Correo 24.—Librería de D. Antonio Apellaniz, Libertad 1—D. Eduardo Delmas, Correo 8

EN PARIS.

Librería de Mr. Albert Savine—18—Rue Drouot.

